

balleros." Eché pie á tierra y entré en el cafetucho, y resultó que el *rendez-vous* era bailar allí todas las noches unas flamencas españolas, de lo más derrotado de nuestros tugurios. Ningún periodista había hablado del dichoso *rendez-vous*, y supongo que no tendrían más público que los obreros de aquel extraviado barrio. Pero ¡oh inestabilidad de la fortuna! ¡Oh diversidad de los destinos humanos! De allí á poco anunció la prensa con bombo y platillos que iban á llegar al Campo de Marte las gitanas de Granada y *su capitán*; y el teatro en que se exhiben hallóse convertido en verdadero *rendez-vous*, no sólo de *los caballeros*, sino de damas ilustres y celebridades europeas. Ningún espectáculo exótico tan favorecido por la *crema* ó nata. *El Figaro* publicaba diariamente listas de nombres á cual más empingorotados.

Pues bien: yo apostaré que, en cuanto al arte, y si me apuran en cuanto á prendas personales, no llevan ventaja las gitanas de la Exposición á las del cafetucho de Bondy. Hasta he llegado á sospechar si serán las mismas. Porque las de la Exposición se pasan de feas, traperas, descocadas, inhábiles en bailar y aguardentosas en cantar. La *estrella* de la compañía es la *Macarrona* (¡vaya un nombre para gitana! ¡Si dijese *Macarena!*) la cual baila un poco mejor y no carece de sandunga; así es que los espectadores la consideran una huri, una *Carmen*, y se pirran por sus pataditas y sus quiebras. El resto de las gitanas repito que

no colaría por acá, ni tiene que ver con las famosas bailadoras de Silverio y otras *artistas* de lo fino del género, en que caben muchos grados y hay seda y estopa.

Convencidas, tal vez por exhortaciones del empresario, de que el *carácter* es la exageración y la grosería, las gitanas del Campo de Marte toman cada postura y se permiten cada desplante, que abochorna. Los que las jalean, compiten con ellas en descaro, y en lugar de canciones flamencas, sirven al público coplillas de zarzuela del repertorio antiguo. El día que yo estuve allí, cantaban muy formales: "No asomes en la playa..." etc., etc.

## CARTA XXIV

EL TEATRO EN FRANCIA.—SARA  
BERNHARDT

Paris, Octubre 1.º

CUANDO Napoleón el Magno celebró en Erfurt su decisiva conferencia con el Zar de Rusia, se había llevado consigo á Talma, prometiéndole un auditorio de reyes. Más feliz aún que el excelso trágico, reformador de la escena francesa, Sara Bernhardt debió á la Exposición un auditorio universal procedente de ambos hemisferios del globo.

Y no obstante, si pudiese resucitar Talma, y

con su ojeada perspicaz y su infalible instinto examinase los métodos y recursos de esta actriz, hoy la más famosa y celebrada de Europa, ¡qué severas censuras, qué crueles observaciones acudirían á sus labios ó mojarían de nuevo en acre tinta la pluma que le sirvió para trazar el *Prólogo* de las *Memorias* de Lekain!

\*  
\*  
\*

La segunda mitad de nuestro siglo es fecha de decadencia para el arte dramático, y de apoteosis y victoria para el lírico, elevado á su mayor apogeo por la aparición de dos ó tres vastísimos genios musicales, la perfección de los medios decorativos, y algo y aun algos la rutina de los públicos que no quieren sino ópera á troche y moche, que padecen flojera para pensar y sentir, y que buscan sólo el recreo de la vista y el vago arrullo de la música, el cual no perturba el soporcillo de la primera digestión.

Como soy imparcial al juzgar á los franceses, en conciencia estoy obligada á decir que este pueblo, refractario á la belleza musical, tardo de oído como poeos, es en cambio muy sensible á la farsa escénica, lo cual pienso que arguye mucha intelectualidad y bastante buen gusto. Conviene notar que los franceses no por aficionados al drama prescinden de la novela, ni de la poesía, y que los tres géneros literarios viven prósperamente entre nuestros vecinos. El público francés merece alabanza y no he de regateársela.

Si en España los teatros que no dan sainetes ó zarzuelas por horas carecen de concurrencia, en París jamás he asistido á un drama sin advertir sobra de espectadores. Los teatros de París son malos, incómodos; los asientos estrechos; sofocante el calor; y sin embargo, la gente se estruja ante el despacho de billetes y hace cola á la entrada. De los tres elementos que necesita la escena, público, autores y actores, el primero es seguro en Francia. El segundo tampoco desmaya ni huefga: los dramaturgos trabajan con asiduidad, buscan resortes para interesar, menean bien los palillos, entretienen la fábula con arte, hieren mil teclas, proponen tesis..... Con todo eso no rebasan del límite de una inferioridad literaria crónica ya, ni evitan una falsedad tal vez irremediable. A mí la ebanistería dramática, la pirotecnia de *esprit* y el calculado efectismo de los Sardou, Augier y Dumas han llegado á hastiarme de tal manera, que ya veo con más placer un drama romántico y melencólico, pero alado—*Ruy Blas* ó *Hernani*—que las *Teodoras*, *Doras*, *Aventureros* y *Esfinges* de la escuela contemporánea, llamada *realista* por la incurable bobería de algunos críticos.

\*  
\*  
\*

Es fenómeno peculiar de nuestro siglo la desaparición del *gran actor*, á la cual seguirá muy pronto, si ya no ha seguido, la de la *gran actriz*. Nótese que en los comienzos del arte

escénico la actriz no existía: los papeles femeninos eran desempeñados por muchachos, lo propio que sucede hoy en las compañías anamitas y japonesas. En el siglo pasado, época gloriosa para la escena, los lauros teatrales se dividen entre los dos sexos, prevaleciendo el masculino: Lekain, Talma, Garrick, Isidoro Mayquez. Con la centuria XIX empiezan á escasear estos singulares varones (el actor genial abunda todavía menos que el verdadero poeta), y en cambio reinan las trágicas insignes, las Raqueles, las Ristoris. Tampoco duran mucho, y ya la última comedianta realmenté famosa (á pesar de todos los pesares) es Sara Bernhardt. Famosa en todo el mundo quiero decir, porque no me arguyan con celebridades locales, cuyo mérito dejo á salvo (1).

Las reservas y objeciones que se me ocurren á propósito de Sara son en tanto número, que si las indico casi voy á resultar declarando injusta la fama que goza. No es tal mi propósito, ni menos tratarla con dureza; y si bien lo que yo escriba por España y por América no ha de perjudicarla, quiero empezar declarando que respeto y estimo en la célebre comedianta la perseverancia en el trabajo, la tenacidad de la vocación, cosas más respetables de lo que el vulgo piensa, y de las cuales en ocasiones nace, según ha dicho Buffón, hasta el genio, y siempre la dignidad de la persona. Sara ha sabidó con-

(1) Aludia á las actrices italianas, que hoy van haciéndose populares en España también.—(N. de la A.)

servarse artista; y cualesquiera que sean sus antojos, irregularidades y excentricidades, su personalidad de actriz no se oscurece ni se borra: las tablas son para ella profesión, no pretexto.

Sin embargo, al par que consigno la sinceridad de la vocación en Sara, debo añadir que sus mayores defectos y amaneramientos como actriz proceden de la galantería. No estampo semejante palabra en el sentido degradante y siniestro que suele atribuírsele; por galantería entiendo ahora únicamente la coquetería exacerbada, el desordenado apetito de agradar, subyugar y fascinar *como mujer*, la pretensión de ser á un mismo tiempo y en igual grado, trágica ilustre, arrebatadora sirena, *professional beauty*, figurín de la última moda y *reina de Bizancio*—así la bautizó el original Péladan en su libro más estupendo.



Semejante prurito nace de una imposición ó tiranía fisiológica; el médico la explica en términos crudos, pero yo no veo dificultad en indicar con tinta azul y dorada su misterioso origen. Creada la mujer para atraer á sí los corazones, para recoger perfumada cosecha de flores y para destilar con ellas embriagadora miel, cuando la corona el laurel artístico suele confundirlo con la rosa, y aun preferir (sin comprenderlo) la rosa á todos los laureles. Se me figura que dicho de esta manera tan botánica y

floreale no ofenderá los oídos de nadie, y sigo.

La flaqueza de Sara, consistente en no querer estar nunca fea ni vestida sino de un modo original y magnífico, se ha comunicado ya á los espectadores, y mucha gente no va al teatro sino para admirar el arte de la corsetera, el zapatero, el peluquero y el modisto. Conviértese la escena en sucursal de Redfern y la comedianta en maniquí giratorio. Yo no pretendo ciertamente que los actores modernos se contenten con las cuatro barbas postizas y la corona de papel dorado de nuestros primitivos farsantes, ni pido que anden como asegura la leyenda que andaba Garrick, recogiendo afanosamente guiñapos y andrajos para mejor caracterizar los papeles de pordiosero ó de bandido. Sólo deseo que no se retroceda á los tiempos anteriores á la reforma de Talma; aquellos en que —escribe el actor insigne— si alguien intentaba vestirse con propiedad en la forma, á la vez recargaba el traje de bordados ridículos, como si en Atenas y Roma abundasen los rasos y terciopelos lo mismo que en París y Londres. Ninguna falta mayor puede tener un traje que eclipsar y anular á quien lo usa, y este es el pecado de la ropa de Sara. Es más bonita que su dueña: distrae los ojos, no piensa uno más que en el frunce, en la cola, en el cinturón, en el peinado; y aunque las cuerdas del alma vibren, y el acento de la verdad resuene estremeciendo el corazón, la tragedia se convierte en espectáculo de curiosidad indumentaria.

Yo preferiría que Sara sacase por ropaje el

sencillo paño blanco que sacó Talma en un papel de romano —y por el cual alguien le preguntó maliciosamente si venía envuelto en las sábanas de la cama— y no tanto primor de aguja y bisutería, que paran en afectación y *pose* á veces insufrible.

\*  
\*  
\*

¡Influirá también aquel duendecillo agitador del espíritu de las hembras, aquel deseo inagotable de cosechar rosas —aunque sean amarillas, secas y lacias— en la circunstancia, observada por muchos críticos, de que el talento y la genialidad de Sara donde se revelan principalmente es en las escenas amatorias? Frenética, con la imprecación en los labios y el rayo en los ojos, Sara flaquea; no es franco su grito: no es real y terrible su cólera, cual dicen que era la de Raquel. En cambio, al ponerse tiernecita y babosa, al tortolear, halagar y pedir celos, requebrar con entrecortadas ternezas y palabras de azúcar, expresar en el rostro el arro-bamiento más dulce y la malicia más juguetona, llega á la perfección. ¡Lástima que generalmente tales mimos y monerías recaigan sobre uno de esos galanes jóvenes ineptos, con cara de palo y alma de almirez, cuya falta de inteligencia y de expresión hace que la escena recuerde los cuadros ó grupos estatuarios en que una entusiasta driada ó napea abraza y acaricia á un figurón de granito!

Nunca he visto á Sara bien acompañada y

secundada en las escenas de amor, que son su triunfo: el mismo Damala, su marido, ensalzado por complacientes periodistas, era hombre de sensibilidad interna (como demostró su vida y su muerte); pero de duro é inmóvil rostro, de helada ó enfática actitud, de ningún fuego artístico *visible*. Hay personas que *sienten* y no saben *representarlo*; hay otras que *sienten* y lo *representan*; hay las que *representan* admirablemente sin *sentir*, ó merced á aquella trasposición del *sentimiento* á los dominios del arte, trasposición de que tantas veces me habló mi malogrado amigo Rafael Calvo. Yo creo que Sara es de estas últimas, y que trasporta mal, excepto en los papeles amorosos y pasionales, en que su naturaleza femenil auxilia y guía su instinto artístico. No imagino que á Sara, cuando muera, le apliquen lo que cantó Alfredo de Musset sobre la entreabierta tumba de la Malibran: "¿Ignorabas tal vez, imprudente comediante, que aquellos gritos insensatos salidos de tu mismo corazón aumentaban la palidez de tus demacradas mejillas? ¿No veías que tu mano temblaba cada día más al posarse sobre tu calenturienta sien, y que quien ama el dolor tienta al cielo?"

Forma el amor una cuerda muy sonora y profunda del alma humana; pero el alma, como la lira, tiene más de una cuerda, y Sara no las domina todas. De aquí la monotonía de sus efectos escénicos, la falta de verdad de sus entonaciones, lo difícil y raro que es sentirse conmovido por una frase suya, el cansancio que á la larga

infunde el verla siempre centelleando y sorprendiendo por medio del aparato y el lujo, nunca abriendo las fuentes de la piedad ó esparciendo las sombras del terror. Pues contodo, Sara, lo repito, es acaso la primer comediante del mundo actual: de seguro la más nombrada. Ya sé que muchos anteponen y prefieren á las actrices italianas, y algunos (yo me cuento entre ellos), admiran sinceramente á las portuguesas. Sin embargo, ni de Italia ni de Portugal ha salido un astro de primera magnitud que sin disputa y por el mágico poder del actor genial é inspirado, arrolle á sus rivales y conquiste la admiración de sus conterráneos en grado tal, que éstos se la comuniquen á Europa y al universo, hoy que la fama vuela y la prensa extiende y comunica sus decretos con la rapidez del hilo telegráfico. Sigo creyendo que Sara sobresale algo por cima de las demás actrices contemporáneas, sin negar que el elemento bastardo de los trapos y las joyas, las formas extravagantes del tocado y vestido, la extrañeza del tipo físico, las mismas genialidades contribuyeron á otorgarle esta especie de dictadura ó presidencia que ejerce sobre la república teatral femenil. Admitiendo que el arte dramático está en decadencia, comprenderemos mejor que una actriz incompleta sea así y todo lo mejorcito de la casa.....

\* \* \*

¿Morirá el arte dramático? Entrego este punto á las discusiones del Ateneo, sin esperanzas

de que nos saquen de la duda. Lo zarandearán un año, se pronunciarán muchos discursos, se citarán autores alemanes y franceses, y nos quedaremos como estábamos. Un escritor chileno, llamado el Sr. Lagarrigue, con quien don Juan Valera y yo hemos cruzado algunas cartas y andado en varios dimes y diretes, pronostica que cuando se extienda por el orbe entero el *altruismo* ó Religión de la Humanidad, serán suprimidos los teatros, "incompatibles con el régimen moral," como que han brotado "de la parte egoísta de la naturaleza humana." Sin duda caminamos hacia esta era de perfeccionamiento cuando tanto escasean los dramas de fuste y los actores de temple. Yo pido al Dios viejo, al que nos mandan retirar los positivistas, que en vez de realizarse los vaticinios del Sr. Lagarrigue se cumpla la profecía del autor de *Rolla*, contenida en las estancias que dedicó al *debut* de Paulina García y la Raquel.

Allons donc, quoi qu'on dise, elle ne tarit pas  
la source immortelle et féconde  
que le coursier divin fit jaillir sous ses pas:  
elle existe toujours, cette sève du monde,  
elle coule, et les dieux sont encore ici-bas!

## CARTA XXV

## ALGO DE ESPAÑA Y AMÉRICA

París, Octubre 4.

La Exposición toca á su término; el frío, el agua, el invierno que se acerca sacudiendo con mano descarnada las hojas de los árboles, y haciéndolas caer amarillentas y arrugadas sobre la arena de los paseos, nos empuja hacia España, donde el cielo es más despejado y más seco el ambiente, donde todavía, á estas horas, no se gastará manguito y botas dobles, ni andará la gente envuelta en pieles y quejándose ya de la inclemencia de la estación. Además, no es cosa de ver demoler los edificios que tan animado y pintoresco conjunto presentaron en el Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos. Dará tristeza asistir á esta obra de destrucción: causará pena, y muy grande, el ver apagarse *para siempre* el incendio de las fuentes luminosas; quedar frío é inmóvil el cuerpo de serpiente del camino de hierro Decauville; pararse las máquinas de la Galería; emigrar el blanco regimiento de estatuas y el brillante ejército de lienzos de la sección de Bellas Artes; caer al suelo los gentiles pabellones; cesar, en fin, tanta actividad, movimiento y vida. Esto es preferible no presenciario; y cuando trans-